

3

Acercamiento al personalismo de Emmanuel Mounier como propuesta ante la problemática de la sociedad actual*

Alexander Aldana Piñeros**

[...] la rebeldía ante la domesticación, la resistencia a la opresión, el rechazo del envilecimiento son privilegios de la persona [...] [Pero] Esta especie de seres humanos es extraña, pues la mayoría prefiere la seguridad de la servidumbre al peligro de la independencia; se inclina a la vida material y vegetativa en vez de a la posibilidad de realización humana [...] Esta clase de hombre se inclina a preferir antes que su vida la dignidad de su vida [...].

Emmanuel Mounier

El Personalismo

Introducción

La pretensión fundamental del presente escrito radica en realizar un acercamiento al personalismo de Emmanuel Mounier, a través del rescate de los elementos propicios e idóneos que nos puede prodigar este enfoque filosófico, en la resolución de los conflictos y problemas más constantes y presentes de la persona en la sociedad mundial de la actualidad. De este modo, se encuentra una especie de afinidad –casi analogía– de propósitos entre nosotros y el pensamiento personalista, pues una de sus notas más determinantes se constituye en el análisis ante la crisis de la civilización del mundo moderno. Pero ¿cuáles habrán de ser esas complejidades que hemos de someter al juicio de las tesis personalistas? Respondemos que, de manera general, estas pueden afirmarse en dos fenómenos que

* Ponencia presentada para el v Coloquio de Profesores de Humanidades.

** Profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia. aaldana@ucatolica.edu.co

impiden y atacan el desarrollo integral de la persona, a saber, el individualismo y el materialismo radicales¹.

De este modo, el personalismo es una filosofía que se encamina en contra de una sociedad universal corrupta por los desmanes y vejaciones de un individualismo terrible, egoísta, egocéntrico, vanidoso, a fin de cuentas execrable, y de un materialismo que desea imponernos, solamente y de forma reduccionista y desenfocada, los designios e inflexibilidades de los sistemas materiales, de la materia misma, tomada esta como un conjunto coactivo que se encausa en detrimento del desarrollo personal de los seres humanos.

Partimos, entonces, de una problemática definida a la par con el personalismo y, de la misma forma, nos situamos en la realidad concreta de las personas y no en construcciones racionales radicalmente abstractas. Nos inclinamos hacia la persona como sujeto pensante y, también, como sujeto existente, encarnado en un momento específico de la historia y aferrado a las condiciones propias de su pueblo. Por consiguiente, habremos de tratar la persona en el universo complejo que le ofrece la entreverada y prácticamente caótica situación del mundo en el presente siglo. Habremos, pues, de analizar los dos problemas antes citados en el siguiente aparte.

Problemas actuales para el análisis desde la perspectiva personalista

De manera general, hemos señalado dentro del amplio espectro de complejidades humanas y de atentados contra la persona el individualismo y el materialismo, mas es de imperiosa necesidad matizar

1. Decimos individualismo y materialismo radicales, pues no puede desconocerse alguna postura interesante en cada una de estas propuestas, mas determinamos que su exageración, su radicalización, o el servicio de sus postulados, como preceptos dogmáticos y desmesurados, han perjudicado y atacado fragantemente la esencia de la persona y, en conclusión, llevado a la humanidad a un declive propio de la alienación y la enajenación.

cada uno de estos dos problemas sin desconocer que estos atentados manifiestan un origen común, a saber, la deshumanización, y que hasta su proceso de desarrollo y consecuencias pueden resultar análogas e incluso similares, sobre todo, se asemejan en su finalidad, pues su curso es finiquitado con la despersonalización.

En principio, encontramos en el mundo un incumplimiento avasallador de la prevalencia que debe tener la persona humana sobre las necesidades materiales y los procesos y mecanismos colectivos radicalmente materialistas. En esta consideración las sociedades y sus sistemas comienzan por tratar al individuo como un objeto, como una secuencia y conjunto de informaciones para su uso, como un instrumento y utensilio a su disposición, desplegando una caracterización indiferenciada y haciendo catalogaciones sin apelación, es decir, totalizantes, impersonales. El individuo es cuantificado, tenido como un accidente, como una cifra variable, es un ser efímero y fácilmente descartable y reemplazable, en conclusión, está siendo despersonalizado.

Como consecuencia lógica de tal estructuración de las sociedades los mismos individuos se pierden y se deslizan en parajes ajenos y terribles que convierten en su campo de batalla, pero más en su desierto de olvido propio y de los demás. La posesión desmedida y hasta enfermiza de las cosas se impone a la persona y esta se transforma en un esclavo de su propio deleite, en víctima de su propio vicio. El hombre, así perdido por la embriaguez que le prodiga el afán irrefrenable del dinero, de la acumulación y la búsqueda desenfrenada del poder, pierde su libertad y en su egoísmo, produce el más aterrador universo parido por la deshumanización, por la despersonalización.

Así, en el orden ideológico del mundo moderno suele darse mayor preponderancia a una especie de valores biológicos, tales como: la salud, la vida, o mejor, la calidad de vida o el nivel de vida. También, a

unos valores económicos como son: la utilidad y el beneficio, la organización estatal y bursátil. Estos valores aparentes pueden corresponderse por su naturaleza y objetivos más a la categoría de bienes, pero es difícil que pretendan pasar por valores humanos cuando en la mayoría de las ocasiones conducen a la civilización a una miseria personal y social, que impide a la humanidad vislumbrar los valores verdaderos y superiores.

De todas formas subsiste la tendencia, cada vez más generalizada, de denominar a este orden de pseudo-valores vitales y económicos como felicidad, con lo cual, desde una lejanía inabarcable, muestra el grado de envilecimiento y ceguera de las sociedades que les acogen. Su enorme vacío y una constante situación de carencia luchan por la satisfacción del deseo y, al final, sufren de una angustia por el inaplazable menester de tales bienes, que erigidos hasta tan alto grado se hacen tiranos omnipotentes y entes esclavizantes. Bien lo decía Mounier en *El personalismo*, al mencionar que el hombre al entregarse a la esclavitud de las cosas se envilece, siendo el hombre del confort quien, a su vez, se transfigura en “[...] el animal doméstico de los objetos de su comodidad, el hombre reducido a su función productora y social, un engranaje [...]” (46). Este hombre se pierde en la diversión efímera, vive como si estuviese expulsado de sí mismo, siempre confundido con el tumulto de la exterioridad, perenne prisionero de sus apetitos, de sus funciones, de sus hábitos, de sus relaciones, de un mundo que lo distrae en su inmediatez, deambula sin memoria, sin proyecto y queda inmerso, atrapado en la vulgaridad.

Lo anterior siempre resulta peligroso pues relega la felicidad al papel de marioneta manipulada por el egoísmo individual y por una suerte de mecanismo colectivo que uniforma y regula, casi de manera degenerada, la voluntad de las personas. Piénsese aquí en el monstruo del consumismo irrefrenable y en el afán por la desmedida

y deshumanizante producción y tecnocratización de la humanidad, que, en último término, se constituyen como una forma total de servidumbre y humillación para la persona.

Es más, resultaría interesante, desde el mundo de la ironía, analizar un poco más la alusión a ciertos sistemas humanos y sociales recientemente mentados, pues dentro de ellos sobresale uno que bien puede esgrimir sus pretensiones como directrices de la realidad contemporánea, tal estructura mundial es la técnica, la mayor creación humana desde la perspectiva de las cualidades prácticas creativas y que ahora reclama su reinado sobre todo, incluso, por encima de su, cada vez más obsoleto creador. He ahí el poder de la ironía, establezcamos pues sus alcances.

Toda organización sistemática, toda técnica que niegue a la persona, su posibilidad de elección responsable o que ensombrezca su ejercicio, pese a sus máscaras de seducción y distracción mejor elaboradas, se convierte en un veneno más potente y terrible que cualquier otra clase de desesperación. Pero, entonces, hemos entrado a los dominios de la angustia, al estarse afirmando constantemente la peligrosidad del postulado. Y todavía el panorama puede hacerse más desolador al abordar la relación de poder entre la técnica y el ser humano. Decimos que el único ser que inventa instrumentos es el hombre, quien crea con estos una enorme y fastuosa estructura de máquinas, un sistema que en la actualidad, prácticamente, totaliza el mundo. Es, pues, evidente la utilidad de las máquinas en nuestra cotidianidad y de la técnica en la historia de la humanidad, pero también su seducción deja una especie de locura implícita en el hombre, que sucumbe ante la omnipotencia del sistema que es capaz de crear y, entonces, al estar inmerso en ella se empiezan a romper los contactos humanos. El individuo se olvida, fácilmente, de la personalidad propia y ajena, y su existencia se transforma en una fuerza implacable de despersonalización.

Por último, en esta general enunciación de complejidades es pertinente, después de mencionar el peligro de la técnica, enfocarnos

en uno de sus inminentes asociados: la producción. Reconozcamos, en principio, que el mismo acto de producir, de producción, está ligado a la persona, depende de ella, pero degenera cuando se separa de la solventación de necesidades elementales y se encamina a satisfacer intereses viciados y reprobables desde la dimensión de la persona. De este modo, citando a Mounier en *El personalismo*:

la producción solo tiene valor por su más alto fin: el advenimiento de un mundo de personas. No lo obtiene ni de la organización de las técnicas, ni de la acumulación de los productos, no de la instalación pura y simple de la prosperidad. (47)

Se ha seguido una enunciación de diferentes problemas de la sociedad actual, tratada desde la visión del personalismo, mas aparece como necesidad inaplazable el estudio que del propio personalismo puede hacerse a estos predicamentos. Por tal razón, hemos de trabajar tales cuestiones desde algunos elementos que, a su vez, se constituyen como contrarios al individualismo y materialismo, que son: el personalismo, ya como reflexión sobre las cualidades y capacidades de la persona en contra del individualismo, y el estudio de la unión de materia y espíritu, en la conformación de la persona en contra del materialismo.

Personalismo contra individualismo

Empecemos por circunscribir el individualismo dentro de las caracterizaciones hechas por Mounier, tratando de dar una explicación consecuente. En palabras del autor el individualismo es “[...] un sistema de costumbres, de sentimientos, de ideas y de instituciones que organiza el individuo sobre [...] actitudes de aislamiento y de defensa [...] es la antítesis misma del personalismo, y su adversario más próximo” (51-52). Concretando, el individualismo sería una tendencia a separarse de los demás y actuar según las inclinaciones y pensamientos internos, en el que, por lo regular, existe una especie de aislamiento.

Además, según palabras de Mounier, en el individualismo se prevé un amplio germen de hostilidad, indiferencia, no hay fraternidad humana consistente en la amistad y el amor, no hay buena relación, ni alteridad, todo se pierde por el sentido de poder y dominio, de poseer y someter, por separar a las personas en dos clases: tiranos o esclavos. Con lo inmediatamente anterior se observa una lucha ya citada en el aparte 2, constante autodefensa, obvio sufrimiento, y un separatismo profundo donde la sociedad crea caretas para ocultar y proteger falsamente al individuo, quien crea y participa de un doble engaño hacia sí mismo y a los otros.

Podemos decir, de manera general, que el individualismo es la persona mientras está cerrada en sí y el personalismo, el salir de sí de la persona para construirse con y por los demás, expliquemos pues esto.

La persona debe tener su singularidad, su originalidad, su propia manera de ser extraordinaria, pero dentro del marco que circunscribe su vida cotidiana. A este respecto, es necesario recordar que no puede buscarse una especie de figura de aristocratismo, sino la valoración y valorización de lo propio de cada persona, de su identidad, de su singularización, de su personal e irreplicable forma de singularizarse.

Pero esta caracterización es muy sutil y puede confundirse con individualismo, por lo cual, para evitar esto, el hombre debe recogerse, replegarse en sí mismo, para encontrarse, para luego exponerse y enriquecerse, volviéndose a encontrar y recogiendo, de nuevo, en la propia desposesión de sí mismo, para así construir continuamente su vida personal. Esto en una afirmación y negación constante de sí. Dicho de un modo bastante particular, la persona es un adentro que tiene la necesidad de un afuera. Existir es, a la vez, interioridad y exterioridad en una relación dialéctica, pues cada una de estas partes es esencial en la conformación de la persona. Sin embargo,

es importante abrirse y expresarse, ya que ser persona también es, originariamente, movimiento hacia el otro, un “Ser Hacia”, proyectado de la interioridad, de la subjetividad de la vida interior a la exterioridad, a la vida social, a la alteridad. Por esto, y al contrario de lo que se puede percibir en primer momento acerca del personalismo, al describir la persona encontramos que su experiencia fundamental no es encerrarse obstinadamente en sí misma es al contrario, abrirse a los demás, en una constante comunicación.

Podría decirse, para concluir esta sección, que solo se existe en la medida en que se existe para los demás. Desde otra visión el propio Mounier dice que ser es igual a amar y, de hecho, estos postulados, según el autor, son el mismo personalismo y terminan también en el comunitarismo. De hecho, si la civilización llega a la conciencia de si personalismo y comunitarismo serían un pleonasma. Esto, en resumen y obedeciendo a todo el desarrollo conceptual hasta aquí seguido, se debe a cinco pasos:

1) *Salir de sí*, cualidad de la persona para salir de sí misma, desposeerse y estar en disponibilidad de los otros; 2) *comprender*, capacidad de la persona para situarse en el punto de vista del otro saliendo del propio, abrazando su singularidad con la de él mismo, ser para todos sin dejar de ser uno mismo; 3) *Tomar sobre sí*, disposición de la persona para asumir la sentimentalidad del otro; 4) *Dar*, fuerza del impulso personal dirigida hacia la generosidad, a la gratuidad del dar sin medida y sin esperanza e intención de devolución, y 5) *Ser perseverante o fiel*, consagrarse a la persona, a su amor, su amistad, a su preservación y desarrollo de manera continua, constantemente renovada y renovadora.

El personalismo contra el materialismo radical: la persona como ser inmerso en la naturaleza

El segundo problema se deriva, fundamentalmente, del primero, del individualismo, y es la conformación de la comunidad, o mejor,

su estabilidad y su funcionamiento. El mismo personalismo manifiesta una inclinación esencial hacia la conformación de la comunidad, esta está formada por personas que, a su vez, encuentran el sentido de su realización en aquella. Además, el personalismo se orienta, en este sentido, hacia la liberación y realización de la persona en la comunidad. Como el propio Mounier decía, su intento es personalista y comunitario, dialéctica constante entre el ser personal y el ser social.

La persona, como valor supremo, fundamenta y juzga el andamiaje y el enorme, en apariencia infinito y siempre indeterminado, conjunto de estructuras sociales, por lo cual fenómenos personales y sociales como la injusticia, la opresión, la crueldad del delito, la victimización social, política y económica –hasta la ideológica y cultural– son, en principio, inadmisibles. Pero, en su verdadera existencia real se constituyen como enemigos terribles de enfrentar y casi imposibles de vencer. Como vemos, el personalismo propuesto por Mounier sitúa su pretensión en una lejana y elevada cumbre, con un trasegar lleno de dificultades y adversidad, mas he ahí el sentido y fuerza de su lucha y, en conclusión, he aquí la fundamentación de la libertad y la dignidad humana.

En este aparte seguimos con las ideas esenciales de la última parte de la sección anterior, pero hemos de combatir, principalmente, la doctrina según la cual la única realidad es la materia. Doctrina que también tiene la tendencia a dar importancia primordial a los intereses materiales por encima de cualquier otra consideración. Esta no es otra que el materialismo radical.

La materia es llevada a los extremos del materialismo radical cuando es manipulada, vista e impuesta como una tendencia constante y permanente de despersonalización (Mounier 41). Es decir, cuando el materialismo pretende tomar la materia como la fuente de la impersonalidad, de la dispersión, difusión y ensombrecimiento de

las personas, cuando crea para su beneficio estructuras tendientes a la nivelación, a la repetición homogénea de los individuos para destruir su identidad y jactarse de la perfecta producción en cadena de autómatas, lejanos de la vida social y del espíritu, y cercanos al hábito, la rutina, a pensar según la generalidad y sus balbuceos triviales e instantáneos. Baste para ilustrar tal tendencia los sistemas opresivos de los regímenes de cualquier índole (fascistas, capitalistas, industrialistas, imperialistas).

Hablaremos por ello, en primer momento, de la relación fundamental –substancial podría decirse– entre la persona y la materia, ya que esta no solo le rodea, sino que, en principio, le conforma como un elemento complementario al espíritu o al alma si se quiere. Lo anterior, va en contra de los argumentos detractores de la materia que conducen a su desvirtuación, pero también ha de ser útil en la clarificación del verdadero peligro, pues al constituirse la materia como lo impersonal, lo objetivo, es una ocasión permanente de invitación a la alienación de la persona. Pero esto solo es así cuando es manipulado o pervertido el sentido de la materia, valga la aclaración, la materia no constituye el mal del hombre, no es el pecado, la encarnación no es una caída. Pero, al entender la materia como lo diametralmente opuesto a la interioridad, veremos yacer aquí el germen de los peligros que enunciábamos anteriormente.

Entonces, es menester empezar ahora con el análisis proyectado. El hombre es una conjunción, es espíritu y, a la vez, es cuerpo, esto de una manera íntegra y total. De ahí, la imposibilidad conceptual del personalismo para juzgar con vilo implacable a la corporeidad, sojuzgando y tiranizando el influjo de la materia, en este caso identificada con lo natural del hombre, en particular, y con la naturaleza física, en general. Existe pues una relación de reciprocidad entre el espíritu y la materia, e incluso, algunas características propias de una persona vienen determinadas por influencias externas provenientes del mundo material.

Debemos entender, según esto, que el hombre es un ser natural, el asunto es que es un ser natural humano, un delimitante que ofrece la potencia de singularización y doble posibilidad de ruptura para la persona con la naturaleza de la cual es parte, pero que no erige como su todo. La escisión tiene dos momentos: primero, solo el hombre conoce, tiene conciencia gnoseológica y moral del universo que lo rodea y lo devora y, segundo, solo el hombre lo transforma. Al partir de estos dos elementos simples se puede empezar e establecer una delimitación razonada y razonable de la diferencia del hombre con la naturaleza pero no de su oposición.

Para cerrar este apartado, solamente resta decir que el hombre que reconoce su materialidad y le respeta sería incapaz de manipularle en contra de sí mismo y en detrimento de las personas que conforman también su existencia material, y con las cuales se relaciona de manera espiritual.

Epílogo: personalismo y comunitarismo posibilidades humanas como productos de la libertad de la persona

La libertad es la afirmación de la persona cuando hace una elección, pues afirmarse es elegirse a sí mismo, es, a su vez, la fuente viva del ser, una fuerza interna en contra de la servidumbre, la enajenación, la humillación, la alienación en concreto de la deshumanización. La libertad nace de la persona situada en sí misma, pero también en el mundo y en los valores. Se desarrolla en el mundo analizando las limitaciones concretas, las propias y las ajenas, esto por la interioridad y la exterioridad: la libertad de una persona empieza en sentido y proporción de la libertad del otro.

La persona debe reconocer la naturaleza de la libertad, sus características y luego elegir las, lanzarse a ellas. Es, de este modo, como se hace libre: después de elegir ser libre. Como es una elección la

libertad no está dada y constituida en ninguna parte, no es algo, no es un objeto, y su único rasgo de objetividad es que debe existir para todos y cada uno de los seres humanos en cuanto son personas. Ahora bien, ella no es algo que exista de por sí, independientemente de todo y de todos, es un manar original desde la cualidad incesante de elección de la persona humana, dentro de la cual la libertad se inventa a sí misma y por sí misma perpetuamente, pero dentro del accionar de esa condición personal y subjetiva de afirmación, elección, alteridad y subjetividad de las personas.

Esta libertad produce una especie de unidad de las personas, una unidad de la humanidad, la cual puede rastrearse hasta el cristianismo, pues en él no hay diferencias, no existen ciudadanos y bárbaros, ni amos y esclavos, blancos y negros; hay hombres hechos a imagen y semejanza de Dios. De aquí que la humanidad sea una e indivisible, con una historia y un destino colectivos, no hay discontinuidades entre libertades ni civilizaciones, lo cual no permite la existencia de racismo, castas, xenofobia, eugenesia o totalitarismo político. Se excluye el sentido peyorativo de diferencia, no hay réprobos, no hay hombres envilecidos, todo hombre sigue siendo hombre y debemos permitir que prosiga una vida de hombre filtrado por la igualdad y la justicia de la persona.

Bibliografía

La bibliografía correspondiente se ha ubicado al final del libro.